

NOTAS EDITORIALES

SIMBOLOS DE LA PATRIA

“La patria es todo: lo grande y lo pequeño, lo que pasa y lo que perdura, lo que sonríe y lo que llora, las realidades y los sueños, toda la alegría y todo el dolor de la vida”. — Borges.

Este bimestre, Julio-Agosto, lleno de fechas clásicas, nos hace meditar profundamente en las cosas de la patria. Dejando a un lado preocupaciones cotidianas, olvidando momentáneamente dificultades y problemas inherentes a la condición humana, recordamos, año tras año, la alborada de nuestra independencia, las jornadas de Gámeza, Pantano de Vargas, Boyacá, Maracaibo y el natalicio del Libertador Simón Bolívar. Feliz oportunidad que nos permite abreviar los espíritus en las fuentes del más puro patriotismo, abiertas generosamente hace centuria y media por nuestros libertadores.

Cuando el pasado veinte de julio, las autoridades civiles, militares y eclesiásticas agradecían al Señor de los Ejércitos, la merced de nuestra libertad y nuestra condición de pueblo soberano; cuando muchedumbres emocionadas contemplaban el desfile de la Brigada de Institutos Militares, de tropas de la Armada y de la Fuerza Aérea; cuando se dibujaban sobre el cielo del altiplano las siluetas de veloces aviones y cuando a orillas del Teatinos,

ochenta mil personas rendían fervido homenaje a los héroes de Boyacá, estábamos ratificando ante América toda, nuestro deseo inmodificable de continuar viviendo sin cadenas en el inmenso y hermoso territorio que demarcaron con sus espadas Bolívar y Santander!

Otra vez, como en los tiempos de la gesta inolvidable, nuestras gentes acompañaron el ondear de las banderas y se inclinaron reverentes ante el símbolo excelso de los más caros amores. Y el himno patrio, compuesto en hora feliz por el maestro Oreste Sindici, llenó de armonías fascinantes las plazas y los campos, penetró en las mansiones de los pudientes y en la choza de los humildes, e hizo vibrar los corazones con sentimientos auténticamente colombianos.

Ante tal demostración de fervor nacional, ráfagas de optimismo aminoran nuestras preocupaciones por el futuro de Colombia. Un pueblo que reacciona en esa forma cuando se le habla de las glorias pretéritas y de lo que significa vivir libre, que posee la noción exacta de las dimensiones de la tierra nativa y alberga en su pecho la conciencia de su valor histórico, tiene derecho a confiar en un mañana venturoso. Porque la patria es el pueblo presente en la marcialidad de sus soldados, en la fatiga de los obreros y campesinos, en la hermosura de sus mujeres, en la juventud que llena de alegría las aulas y los claustros, en los jueces, magistrados, gobernantes, religiosos, intelectuales, empleados, etc., y todos ellos estuvieron presentes en el cumpleaños de la patria y en la evocación de la gloriosa efemérides del 7 de Agosto de 1819.

Las manifestaciones populares que dieron brillo excepcional a los festejos patrios, reflejan el vigor de nuestra nación joven, pudiéramos decir, adolescente. Hace tan solo siglo y medio nuestros abuelos se transformaron en soldados, sin aspirar a otra cosa que a la completa emancipación de la corona española. Desde la mañana radiante en que Miranda por vez primera izó en lo más alto del navío

Leandro el tricolor, cuánta sangre vertida, cuántas lágrimas derramadas sin haber saboreado una sola alegría, cuántos esfuerzos realizados, cuántas enseñanzas recibidas en el fragor de las batallas, hasta lograr consolidar el sistema republicano!

Empero, la tarea no ha terminado! Mucho nos resta por hacer. Cada generación tiene una misión que cumplir, etapas difíciles que superar, ofrendas que presentar ante los altares de la patria.

El mismo Libertador decía en 1822 que, ni ellos, ni la generación que les sucediese verían el brillo de la república que estaban fundando; que la América era una crisálida y que era menester una metamorfosis! Pero, si todavía no hemos llegado al grado superior de perfección en los aspectos políticos, económicos y sociales, debemos sentirnos orgullosos de los progresos alcanzados en todos los órdenes de la vida nacional; bástenos comparar, por ejemplo, lo que éramos hace cuarenta años con lo que podemos mostrar en este año de 1964.

Y volviendo a los símbolos, nuestros conciudadanos acaban de decirnos que el fuego sacro que prendiera Nariño al comenzar el siglo XIX, todavía arde en el corazón de la inmensa mayoría de los colombianos. Avivar esa llama, no permitir que se extinga, es deber nuestro, tarea fácil de realizar si inculcamos en los hombres que la nación pone bajo nuestro cuidado, el respeto a la bandera, al escudo nacional, al himno patrio, a los próceres que nos hablan desde sus pedestales de mármol o de piedra.

“Como el árbol que se nutre de sus raíces ocultas —nos dice el profesor Oswaldo Díaz— la patria se nutre de su historia y hay que aferrarse a ella con la misma tenacidad con que las raíces se agarran al terruño materno”.

Por eso debemos acudir reverentes ante los bronces que dan perenne vida a los creadores de nuestra nacionalidad. Allí está nuestra historia plasmada en las figuras de los héroes, ese libro abierto que nos enseña a vivir y a morir.

Seis banderas tremolan en lo más alto del mo-

numento a los héroes en la autopista de los Libertadores, en Bogotá. Son los pabellones de Bolivia, Colombia, Ecuador, Perú, Panamá y Venezuela, seis naciones, obra maestra del artifice que se llamó Bolívar. Al contemplar aquella policromía en las radiantes mañanas sabaneras, meditamos en la visión profética que acompañó al Genio de América en el discurso ante el Congreso de Angostura y pensamos en el futuro venturoso que les aguarda, si no se apartan del derrotero magnífico que les trazó su acero.

Tiene la historia una función aleccionadora y normativa, una función de ejemplo, dinámica y actuante. Se mira retrospectivamente para poder vislumbrar el porvenir. El profundo respeto con que las multitudes se acercan a los Inválidos o pasan cerca al Arco del Triunfo, demuestra cómo el gran pueblo francés tiene en su historia punto de referencia insustituible que lo impulsa a prolongar su cosecha de glorias. Y cuando el pueblo mejicano canta a todo pulmón las excelencias de su tierra y de la raza, las hazañas de Morelos, de Miguel Hidalgo y de Benito Juárez, proyecta hacia el futuro la unidad de esta gran nación y su extraordinario fervor nacionalista.

Afirman algunos autores militares, que estamos ya sufriendo el golpe de la Tercera Guerra Mundial; que los conflictos asiáticos y los trastornos políticos de Europa y América, evidencian un estado de guerra permanente; que la Unión Soviética invirtió el aforismo de Clausewitz y hace de la política la continuación de la guerra por otros medios, o lo que es lo mismo, la continuación de la lucha de clases y de la conquista proletaria del universo. Si como parece, tal afirmación es valedera, debemos ser capaces de afrontar este tipo de guerra con fe y con decisión.

Nos dice el General Chapell que el actual conflicto "es una guerra de almas en que el valor o las debilidades personales determinan, en primer lugar, la victoria o la derrota. Las almas constituyen, tanto en primera línea, como en la retaguardia, y sin

duda, más en la retaguardia que en el frente, el objetivo principal de los ataques enemigos”.

Guerra particular donde juega papel definitivo la moral individual, la sangre fría, el amor a la libertad, la voluntad de vencer, la capacidad de resistencia, la unión y la disciplina nacionales.

Uno de los medios utilizados actualmente para obligar al enemigo a ejecutar la voluntad del con- tendor, es quitarle a aquél el deseo de combatir em- pleando medios psicológicos y políticos basados en la propaganda, la agitación, la persuasión y la sub- versión. La guerra está pues orientada al corazón de los pueblos y de los soldados adversarios a quie- nes se trata de conquistar, de engañar, de desani- mar, de dividir, de colocar en abierta rebeldía, para que abandonen la lucha, deserten o pasen a engro- sar las filas enemigas.

Solamente las naciones que guardan celosa- mente sus tradiciones, cohesionadas espiritualmente por la historia, por la raza y por la fe, están capa- citadas para repeler el impacto poderoso de la lla- mada guerra fría, que puede obtener victorias estra- tégicas antes de llegar a la batalla.

Por eso, avivar el sentimiento de patria, rendir culto a los próceres y respetar los símbolos son ta- reas fundamentales de la Defensa Nacional.

Coronel Guillermo Plazas Olarte.